

La metáfora de la guerra en la narrativa del coronavirus

Jaime A. González Ocaña

jgonzalez-ocana@brunswickschool.org

INTRODUCCIÓN

La asociación de la plaga con la guerra se documenta ya en los más antiguos textos mítico-literarios de nuestra tradición occidental. La plaga de los filisteos en el primer libro de Samuel se encuadra en un contexto de campaña bélica (1 Samuel 5-6). Ezequiel 5:11-17 anuncia proféticamente la llegada de «pestilencia» a Jerusalén como castigo divino en un contexto de asedio militar. La aparición de la plaga en el primer libro de la *Ilíada* (I, 1-52) está íntimamente ligada al desarrollo del conflicto troyano en la trama del poema homérico; la narrativa recuerda extrañamente al pasaje de Ezequiel 5, con el lanzamiento de mortíferas saetas como venganza divina. Desde nuestros orígenes, pues, enfermedad infecciosa y guerra han estado íntimamente ligadas.

La interconexión entre pandemia y guerra se extiende a la narrativa universal de la plaga. Como nos recuerda el epidemiólogo Hans Zinsser en su clásico volumen sobre el tífus, hay una conexión que aparece tanto en el campo de batalla y en la agonía de las campañas militares como en la experiencia de las páginas de narrativas de pandemias, ya sean estas crónicas testimoniales o literatura de ficción (1967: 111-122). En particular, es asombrosa la persistencia de la metáfora de la guerra para describir la experiencia de la epidemia. De su éxito se puede deducir una vez más que existen muchos puntos concomitantes entre las dos experiencias. Tal vez sean *La peste* de Albert Camus y la narrativa de Tucídides de la peste de Atenas en la *Historia de la Guerra del Peloponeso* las mejores expresiones del uso exitoso de esa metáfora, de esa obstinada práctica de asociar epidemia y conflicto bélico, guerra bacteriológica y guerra humana. Pues no en vano, con sus diferentes planos de discurso, las dos obras permiten al lector interpretar perfectamente ambas narrativas a ese doble nivel: como evento bélico y como crisis epidemiológica. En *La peste*, el tejido narrativo de Camus despliega con éxito simultáneamente el símbolo de la plaga como alegoría de la ocupación nazi de Francia durante la Segunda Guerra Mundial y como símbolo de la ciudad sitiada contra la enfermedad. La *Historia de*

la guerra del Peloponeso de Tucídides comparte esa característica fundamental con *La peste*, a saber, la de ser lograda manifestación literaria de la metáfora bélica. Como señala con acierto Victor Davis Hanson, el análisis tucidídeo de la peste de Atenas «también sirve como un mapa para la narrativa de la propia guerra del Peloponeso, que no fue un accidente, sino una enfermedad crónica que tuvo claros síntomas iniciales, permitiendo un diagnóstico, y requiriendo una prognosis» (2005: 341, n. 18. Traducido por el autor).

Ya en el siglo V a. C., pues, la crónica de Tucídides abarca el doble significado del discurso, el bélico y el epidemiológico. Hoy, la extraordinaria naturaleza del desafío social que ha provocado el coronavirus ha llevado a muchos a usar la metáfora de la guerra para describir y reflexionar sobre la pandemia. La analogía, que se ha empleado con abundancia en nuestra narrativa del coronavirus, ha sido particularmente fructífera en cuatro esferas relacionadas con la gestión del virus: la expansión del coronavirus, el hospital, el confinamiento y la retórica política.

LA LLEGADA DEL VIRUS COMO UN ATAQUE MILITAR

En la crónica contemporánea de la expansión global del coronavirus, y en particular su llegada a Occidente, ha abundado el uso del léxico y de las imágenes bélicas. El lenguaje de las noticias y las notas de prensa recurrió abiertamente al lenguaje militar, tanto en español como en otros idiomas: «Wuhan, una ciudad sitiada por el coronavirus» (*Forbes México*, 31/1/2020), «La OMS dice que Europa está en un ‘alto el fuego’ de la pandemia, que puede llevar a una ‘paz duradera’» (*Ara.com*, sin fecha); «La bataille de Paris assiégé par le Covid-19» [«La batalla de París, asediada por el Covid-19»] (*Le Temps*, 9/IV/2020); «Virus, Nord Italia in stato d’assedio» [«Virus, el Norte de Italia en estado de sitio»] (*Il Fatto Quotidiano*, 23/II/2020); «Wie das Coronavirus das Herz angreift» [«Cómo ataca al corazón el coronavirus»] (*NewsRub.de*, 29/IV/2021).

En ocasiones, se ha recurrido a expresiones que casi tienen ecos expansionistas, con un tipo de lengua que recuerda el ámbito del imperialismo o la colonización y en el que abundan verbos como «expandirse», «adueñarse», «avanzar» e incluso «azotar». En esta crónica de la llegada inicial de la pandemia, el coronavirus se presenta como una entidad misteriosa; su ataque, como imprevisto o inesperado; el virus es «un enemigo» sin piedad. La culminación de este proceso conceptual en la narrativa de la pandemia es la personificación del virus, que se describe como una entidad autónoma casi capaz de pensar y organizar planes de evasión y ataque, de obrar como un adversario de inteligencia superior a la del hombre (las itálicas a continuación son mías): «En menos de un año, esta nueva enfermedad *ha logrado* salir de la remota región china de Hubei» (*Expansión*, 18/III/2020); «Nueva variante Épsilon de COVID *podría burlar* a las vacunas» (Reporte *Índigo.com*, 6/VII/2021).

En su brillante estudio sobre el cáncer y sus metáforas, la ensayista Susan Sontag observa que la metáfora militar «apareció en medicina hacia 1880, cuando se identificaron las bacterias como agentes patógenos [que] ... *invadían* el cuerpo o *se infiltraban* en él» (2003: 31)¹. En realidad, este entramado conceptual es antiguo; lo observamos ya en la crónica de hace 2.500 años de Tucídides, el primer documento historiográfico que recoge la experiencia testimonial de una epidemia en una comunidad democrática. El historiador ateniense expone breve pero lúcida-mente el impacto social, cultural y político de la misteriosa epidemia, llamada tradicionalmente «peste», que asoló Atenas a finales de mayo del 430 a. C., a las puertas del segundo año de la guerra entre Atenas y Esparta². La pandemia se asentó en Atenas por dos años, 430 y 429 a.C.; tras desaparecer por un año, regresó con un segundo brote en el 427 a. C. Durante ese periodo, se contamina la mitad de la población y muere más de un tercio de los atenienses: hasta 80.000 víctimas, según algunas estimaciones modernas. Desde el comienzo de la narrativa, la propia estructura lingüística y verbal del texto tucidídeo caracteriza la epidemia como un agente activo: II, 47, 3 «ἤρξατο γενέσθαι» [«Comenzó a mostrarse» a los atenienses]; II, 47, 3 «ἐξαπνυαίως ἐνέπεσε» [«Cayó repentinamente» sobre la ciudad]; II, 48, 2 ἤψατο [«Atacó» a los habitantes]. El lenguaje de Tucídides no es nada diferente, pues, del que usan nuestros titulares de prensa hoy por hoy al referirse al avance de la COVID: el historiador utiliza verbos del lenguaje militar y otros términos del vocabulario bélico griego; la peste llega por sorpresa y como un ataque militar.

En Tucídides, el uso de la imagen de la agresión militar de la epidemia tiene connotaciones conceptuales positivas: la sintaxis otorga a la «peste» el rango de sujeto gramatical, rigiendo verbos en tercera persona. Su lenguaje, en este sentido, es un avance conceptual, pues explica la llegada de la plaga a una sociedad como entidad autónoma y desgajada de la actividad divina. Así, Tucídides se distancia del pensamiento tradicional místico de la *Iliada*, de Hesíodo y del oráculo delfico, que explica la epidemia como una venganza enviada por los dioses para castigar a los hombres, en una narrativa a menudo articulada con construcciones pasivas. Sin embargo, el uso de la metáfora del ataque militar en nuestra crónica contemporánea oscurece y mitiga la agencia y responsabilidad humana en la aparición de la pandemia. Al hacer al virus sujeto agente de la epidemia (gramaticalmente) y presentarlo como un agente externo, enemigo militar que «ataca» y «se infiltra» en nuestras comunidades y cuerpos (conceptualmente), rebajamos implícitamente el grado de culpabilidad del ser humano en esta crisis epidemiológica. Se obvia la

1. La propia Sontag se contradice en su segunda entrega sobre la enfermedad y sus metáforas, centrada en el sida, al citar un opúsculo de 1627 en el que John Donne describe la enfermedad «como un enemigo que invade» (2003: 46).
2. La crónica de la «peste» de Atenas ocupa los capítulos 47-54 del libro II. Véase, por ejemplo, la traducción de Rodríguez Adrados (2013). Las traducciones del griego a continuación son del autor. Se cita el texto de Tucídides como es norma en la tradición de estudios clásicos: número de libro, seguido por número de capítulo y número de párrafo.

realidad: el coronavirus es una ramificación de una catástrofe medioambiental que la acción del hombre sobre el planeta durante las últimas décadas ha acelerado, con la explotación sin control de los recursos naturales y la destrucción de hábitats ecológicos de muchas especies por la expansión de las comunidades humanas en territorios antes vírgenes. Por ejemplo, para un pensador como David Quammen la llegada de las epidemias zoonóticas modernas refleja la convergencia de dos tipos de crisis, una ecológica y otra médica. Un observador podría articular las crisis zoonóticas que han aparecido durante las últimas décadas como «una secuencia de eventos peligrosos pero no relacionados –episodios de mala suerte para los seres humanos, por una oscura razón u otra–» (2012: 39). Vistos de esta manera, estos virus «son ‘actos divinos’ en el sentido figurado (o literal) de la expresión, desastrosos errores del mismo tipo que los terremotos, erupciones volcánicas e impactos de meteoritos». Para Quammen, «esa es una manera pasiva, casi estoica, de entenderlos. Pero es completamente errónea. No debemos equivocarnos, estos brotes epidémicos que se han venido sucediendo, uno después de otro, están todos conectados. Y simplemente no nos están *sucediendo* a nosotros; representan los resultados inesperados de lo que estamos *haciendo*» (2012: 39)³.

EL HOSPITAL COMO CAMPO DE BATALLA

La segunda esfera en la que la pandemia se ha asociado abundantemente con la guerra es la lucha de los médicos y el personal sanitario por salvar vidas y enfrentarse a los estragos de la COVID. La imagen adquirió popularidad entre los desesperados galenos italianos que intentaban frenar la primera ola del virus en febrero y marzo de 2020. «Es la guerra. No encuentro otra definición [...] Había pánico general», aseguraba en una entrevista a *Corriere della Sera* Fabiano di Marco, jefe de Neumología del hospital de Bérgamo (IMARISIO, 2020b. Traducción del autor)⁴. «Tenemos que actuar como en cualquier escenario de guerra. No lo digo yo, sino los manuales que hemos estudiado», afirmaba en el *Corriere* Christian Salaroli, anestésista y reanimador del propio hospital de Bérgamo (IMARISIO, 2020a. Traducción del autor). Salaroli se refería en particular a las ramificaciones éticas de la crisis del coronavirus en las UCI de los hospitales: como en un campo de batalla, los médicos tenían que decidir la gravedad de los enfermos y «priorizar»

3. Traducción del autor del original en inglés. Itálicas en el texto original. Edición española de David QUAMMEN: *Contagio: La evolución de las pandemias*, Trad. Pablo José Hermida Lazcano, Barcelona, Debate, 2020. La relación entre ser humano, ecología y epidemia aparece en particular en las entradas 6 (pp. 38-45) y 114 (pp. 511-520).

4. Bérgamo era entonces una de las ciudades más afectadas de Europa y uno de los centros neurálgicos de la epidemia en Italia: «Bérgamo no da abasto para enterrar a sus muertos», titulaba *El País* por esos días de marzo de 2020.

(sobre la marcha) a qué pacientes debían tratar ante la imposibilidad de salvarles la vida a todos los enfermos que llegaban a su hospital.

Geográficamente, el alcance de esta imagen retórica es universal. La metáfora formó parte esencial de la narrativa del inicio de la pandemia de un Madrid desbordado en las primeras dos semanas del pico de la enfermedad. «Los que miraron de frente a la COVID en la trinchera de la pandemia», titulaba un reportaje de *El Mundo* de diciembre de 2020, ensalzando a «todos los que luchan en primera línea», en referencia al personal sanitario que se enfrentó a la COVID durante el primer año de pandemia (ÁLVAREZ y GARCÍA POZO, 2020). Para la doctora Lina Pulido, una médica colombiana que trabajaba en el Hospital Universitario Infanta Elena de Madrid, «fue llegar y ver pacientes en los pasillos, de a tres por habitación. Un quirófano donde llegué a operar tenía a dos pacientes entubados y ventilados, listos para la cirugía». Continúa Pulido: «Las salas de recuperación de los quirófanos eran como tiendas de campaña, con pacientes separados por un plástico y con un respirador. Era como estar en un hospital de guerra» (GONZÁLEZ, 2020).

El uso de la metáfora también se documentó rápidamente en EE. UU. Por ejemplo, en el testimonio de Chelsea Earnest, una veterana enfermera de Seattle que trabajó al inicio de la crisis en una residencia de ancianos fuertemente afectada por la COVID-19: «Como lo describiría, es que vas a la guerra y estás en un campo de batalla donde los suministros son muy limitados. Recibes ayuda a un ritmo muy lento y hay muchas víctimas mortales, y no puedes ver al enemigo... Era como una zona de guerra» (SIDNER, 2020. Traducción del autor). La desesperada situación en El Paso (Texas) en julio de 2020, con cadáveres apilados en camiones frigoríficos sin poder ser enterrados, hacía declarar al juez del condado de Hidalgo, Richard Cortez, que «nuestros hospitales son zonas de guerra, están realmente en problemas ahora mismo» (BROOKS y O'BRIEN, 2020. Traducción del autor).

La construcción de hospitales de campaña y la habilitación en numerosas capitales del mundo de espacios públicos como centros sanitarios temporales agudizó la similitud de la analogía entre guerra y epidemia. En Madrid, el hospital público temporal instalado en los pabellones 7 y 9 del recinto ferial de Ifema atendió a unos cuatro mil pacientes entre marzo y mayo de 2020. En Nueva York, se procedió a la habilitación de un hospital en el centro de convenciones Jarvitz, en Manhattan, que trató a unos mil pacientes en marzo y abril de 2020. Es una imagen que tuvo un poderoso impacto en la opinión pública. Albert Camus la elabora cuidadosamente en la ficción de *La peste*: «A principios de noviembre ya no quedaba en la ciudad un solo lugar público que no se hubiese transformado en hospital o en lazareto» (1947: 220). Con su habitual agudeza psicológica, Camus insiste en el impacto emocional que estos centros improvisados causan en la población de Orán: los campamentos de enfermos «lastraban pesadamente la moral de los conciudadanos y añadían aún más al desasosiego y a la angustia de todos» (1947: 220). La enfermedad en el espacio ficticio de Orán crea dos universos paralelos, afirma el narrador de *La peste*: «Los muros de cemento separaban

dos universos tan ajenos el uno al otro como si estuvieran en planetas diferentes» (1947: 215)⁵. Esta dicotomía entre el mundo de los enfermos y el de los sanos la hemos experimentado con rotundidad durante nuestra crisis del coronavirus.

EL CONFINAMIENTO Y LA GUERRA

La tercera esfera en la que se ha utilizado la metáfora de la guerra, al inicio de la pandemia, fue la comparación del confinamiento con un estado de guerra. Tal idea se podía constatar con frecuencia en las plataformas sociales, en mensajes o *posts* privados entre ciudadanos. Los racionamientos de ciertos productos básicos en los supermercados y las interrupciones en las líneas de transporte de abastecimiento nacionales y globales agudizaron esa sensación de estado de sitio. El Real Decreto del estado de alarma del Gobierno de Pedro Sánchez (13 de marzo de 2020) oficializó mediante ley la constatación de que vivíamos una situación histórica y social excepcional. Otra serie de factores durante el confinamiento contribuyeron al sentimiento de similitud entre guerra y pandemia. Primero, y en conjunción con esos hospitales temporales, las impactantes imágenes de nuestras metrópolis desiertas e inactivas fortalecieron la impresión de nuestro espacio urbano como invadido por el virus, alterando la actividad rutinaria de la ciudadanía. Segundo, la pandemia propulsó la preocupación de la opinión pública y los medios por la multiplicación de estadísticas, especialmente para la cuantificación de los muertos; la narrativa de nuestros medios, como en el lenguaje militar, recurrió al dígito constantemente. Tercero, la pandemia enfrentó repentinamente a muchos seres humanos con el sentido de su propia mortalidad, algo que es psicológicamente típico del estado de guerra, con sus continuos cambios de fortuna, reveses impredecibles y muertes inesperadas. «Comí con un amigo el día 2; el 20 murió», recordaba con amargura el consejero de Salud de Castilla-La Mancha, Jesús Fernández, resumiendo lacónicamente ese sentimiento de falta de control sobre la vida que tanto guerra como epidemia acarrearán siempre (JUNQUERA, 2021).

Sin embargo, aquí el uso de la metáfora de la guerra se antoja descabellada, como señalaron supervivientes de conflictos bélicos, incluidos aquellos con conocimiento directo o indirecto de nuestra Guerra Civil española. Así, por ejemplo, puedo citar el testimonio de la pianista, escritora y docente Mimi Melkonian, que vivió siendo niña en Beirut durante la Guerra Civil desde 1975 a 1990: «Tenía trece años cuando empezó. No teníamos electricidad, agua corriente y vivimos meses de continuos bombardeos cada tarde, teníamos que ir a los refugios antiaéreos por la noche. Las clases se interrumpían con frecuencia, había escuela por televisión», escribía Melkonian. «La comida escaseaba, solo comíamos pan, aceitunas, cebollas

5. Todas las citas de *La peste* son traducción del autor. Edición española, en Albert CAMUS: *La peste*, Trad. Rosa Chacel, Barcelona, Edhasa, 2010.

y carne enlatada, si podías encontrarla. Muchos jóvenes murieron y muchos de mi generación tuvieron que dejar el país y marcharse a trabajar o estudiar en el extranjero y ahora están desperdigados por el mundo». He aquí su conclusión: «Para mí, estos momentos [de confinamiento] son para detenerse, pensar, leer, escuchar música. Puedes salir a la calle, sin miedo a que caiga una bomba –lo tenemos casi todo, tenemos nuestras casas intactas, y la posibilidad de querer a nuestros hijos y nuestras familias, de estar vivos y mantener la salud, a salvo en nuestras casas» (2020. Traducción del autor.)

En Estados Unidos, muchos veteranos de guerra se dijeron insultados por el uso de la analogía bélica en este contexto de confinamiento y de pandemia en general. Cierto, la pandemia es algo trágico. Pero ¿cómo compararlo con las circunstancias de los que sacrificaron su vida, por ejemplo, en el desembarco de Normandía? Algunos historiadores han intentado mediar entre las dos posturas conceptuales, apuntando que son dos tipos diferentes de trauma. En el caso del coronavirus, es un trauma psicológico derivado del aislamiento y de la ansiedad, y en el que a las pérdidas emocionales se unieron a menudo las pérdidas económicas. Así que no se puede intentar resumir todo en una comparación de estadísticas: la computación del número de víctimas no consigue pormenorizar la naturaleza personal y psicológica que viven los que experimentan ambos desastres.

La evolución de la actualidad y los acontecimientos históricos han dado la razón a los que denostaron el uso de la metáfora en este contexto de confinamiento: la guerra en Ucrania, iniciada por Rusia en 2022, justo al final del ciclo pandémico, ha alertado al mundo del nivel de brutalidad, violencia y violación de derechos humanos que la guerra (la de «verdad») introduce en una comunidad.

LA METÁFORA EN LA RETÓRICA PÚBLICA

Por último, la analogía fue y es ampliamente utilizada en el campo de la retórica de la Administración pública: políticos y dirigentes echaron mano de la metáfora bélica para describir los esfuerzos nacionales o gubernamentales contra el avance de la pandemia (SÁENZ DE UGARTE, 2020). Presidentes como Emmanuel Macron (quien repitió ocho veces que «estamos en guerra» en un discurso a la nación del 16 de marzo de 2020), el gobernador del Estado de São Paulo en Brasil, João Doria («No estamos de vacaciones, estamos en una guerra»), Boris Johnson, o Donald Trump («Veo el enemigo invisible [del coronavirus] como una guerra», declaró repetidas veces el entonces presidente de EE. UU.) han descrito la pandemia como una guerra contra un enemigo invisible (FILARDO-LAMAS, 2020).

La presencia del lenguaje bélico en la retórica política del Gobierno español en Twitter ha sido subrayada por Anna Tous-Rovirosa, lingüista de la Universidad Autónoma de Barcelona. Su estudio analizó la comunicación política en Twitter del Gobierno de España en el pico de la pandemia de la COVID-19. Se monitorizaron

los mensajes de la campaña en Twitter #EsteVirusloParamosUnidos, durante las fechas con los peores resultados en términos de fallecimientos (31 de marzo-4 de abril), una muestra que incluía 398.523 tuits recogidos en cuatro bases de datos. Según la conclusión del estudio, «mediante el análisis computacional se concluye que en este hashtag se dio en un ambiente de guerra, que la palabra ‘gobierno’ se mencionaba más que términos médicos, así como la presencia de términos militares» (TOUS-ROVIROSA y DERGACHEVA, 2021). Lingüistas como la vallsotetana Laura Filardo (2020) o la navarra Inés Olza también han denunciado el abuso de la metáfora bélica como un «exceso retórico» que ha caracterizado la comunicación política⁶.

En particular, el presidente del Gobierno Pedro Sánchez comparó desde el inicio de la crisis explícitamente el desafío global del coronavirus con la guerra repetidas veces. Al inicio de la pandemia, declaró que «Europa está en guerra contra el coronavirus» (EUROPA PRESS ESPAÑA, 2020). En un editorial publicado en el periódico inglés *The Guardian* el 5 de abril de 2020, Sánchez evocaba la amenaza que el virus representaba para la unidad europea (traducciones del autor): «Nuestros ciudadanos están muriendo y nuestros hospitales están saturados. O respondemos con una solidaridad inquebrantable o nuestra unión va a fracasar». En su artículo, Sánchez conjugaba como Donald Trump la metáfora bélica y la naturaleza invisible de la epidemia: «La Unión Europea se enfrenta a una guerra diferente a esa que ha evitado durante los últimos 70 años: una guerra contra un enemigo invisible que pone a prueba el futuro del proyecto europeo». Sánchez no dudaba en extender el uso del léxico bélico en su artículo: Europa debía construir «una economía de guerra y promover la resistencia, reconstrucción y recuperación europeas», apuntaba; también señalaba que «Europa nació de las cenizas de la destrucción y del conflicto. Así aprendió las lecciones de la historia», implicando que este momento del coronavirus es uno en el que se ha de aplicar la misma lógica. Su comparación explícita con el Plan Marshall acentuaba esa impresión: Europa tenía que «reconstruir la economía del continente movilizándolo recursos significativos a través de un plan que llamamos el nuevo Plan Marshall».

Pero quizás el caso más extremo del uso y abuso de la metáfora de la guerra lo represente Estados Unidos, donde el ya citado expresidente Donald Trump multiplicó la comparación y hasta calificó el coronavirus como «un ataque peor que Pearl Harbor» o «los ataques del 11 de septiembre»: «Nunca hemos sufrido un ataque como este», afirmó Trump en una rueda de prensa de mayo de 2020 (BBC NEWS, 2020. Traducción del autor). Trump, en combinación con su ministro de Asuntos Exteriores Mike Pompeo, llegó a especular con que había «abundante evidencia» de que el coronavirus era en realidad un arma bacteriológica fabricada

6. Filardo-Lamas (2020), entre otras lingüistas, ha señalado también la tendencia más saludable a sustituir la analogía de la guerra por otras que incorporan el léxico marítimo o el de otros desastres naturales.

en un laboratorio chino con el objetivo de herir a Occidente (BREWSTER, 2020). La reacción de Trump recuerda otros brotes pandémicos que a lo largo de la historia conectaron guerra, epidemia y xenofobia: la primera reacción de los atenienses en el 430 a. C. con la llegada de la peste es la paranoia, pues piensan que la peste es la consecuencia de un acto de guerra bacteriológica –que los espartanos han envenenado los depósitos de agua del Pireo–. Y el historiador Philip Ziegler apunta, junto a otras instancias históricas, que en Europa durante la peste negra se acusaba a los judíos de haber envenenado los pozos de agua (2009: 99-100).

LIMITACIONES Y ALCANCE DE LA METÁFORA BÉLICA

El éxito de la metáfora bélica en la narrativa de la pandemia es fácil de explicar. Primero, la imagen nos traslada a un espacio mental de sufrimiento y superación. Segundo, justifica la computación de víctimas y la expansión del reino del dígito. Tercero, evoca un fenómeno histórico que irrumpe brutalmente en el mundo civilizado y altera el orden natural del modo de vida establecido: mucho del interés de la metáfora bélica reside sin duda en un lenguaje que hace referencia a una situación de catástrofe total, de destrucción descontrolada. Cuarto, expresa la convicción de que la ciudadanía debe unirse contra un enemigo común. Este último es uno de los aspectos más poderosos y populares de la analogía. Con el coronavirus sucedió lo que según Susan Sontag ha ocurrido constantemente desde finales del siglo XIX: en la descripción de la opinión pública «la enfermedad se convierte en el enemigo contra el que la sociedad entera ha de alzarse en pie de guerra» (2003: 31). En la CNN, a finales de marzo de 2020, otra enfermera de Seattle, en cuarentena con el virus, y con su madre de 90 años confinada en un centro geriátrico con el virus también, apelaba al espíritu de épica nacional norteamericana de tiempos de guerra para superar la crisis: «Tenemos que juntarnos y trabajar como lo hicimos en la Segunda Guerra Mundial».

Hay, sin embargo, muchas voces que se oponen a la comparación diametral entre guerra y pandemia. Ya se han mencionado algunas de las objeciones: los excesos de la metáfora bélica pueden llevar primero a una manipulación del mensaje por parte de los políticos y gobernantes; y segundo, a un excesivo dramatismo que induce el pánico y el nerviosismo en la población. Además, el lenguaje del ataque militar personifica el virus y elimina gran parte de la responsabilidad del hombre en las causas y gestión de la crisis epidémica. Otro de los aspectos más evidentes que se opone a la metáfora bélica es la ya mencionada invisibilidad del virus. El carácter invisible y silencioso de las epidemias, que fue notado por primera vez en la antigüedad griega por Hesíodo, es mortífero y a la vez acelera la propagación y minimiza los terribles efectos de la enfermedad. Es un factor fundamental, a veces subestimado, que agudiza el problema de la transformación psicológica que causa en el individuo y la sociedad la expansión del coronavirus.

«Es un invasor invisible. Y lo describiría como ir a cazar al diablo, porque eso es lo que en realidad era», comentaba la enfermera de Seattle antes citada, Chelsea Earnest, en su testimonio a CNN de marzo de 2020 (SIDNER, 2020). En una rueda de prensa de finales de abril de 2020, el gobernador republicano del Estado de Massachusetts, Charlie Baker, explicaba que habitualmente, cuando uno experimenta un acontecimiento tumultuoso, o heroico, o terrorífico, «este es visible, como cuando hemos afrontado 28 días seguidos de nevadas con temperaturas de -20 grados Fahrenheit, y el sol apenas luce, lo puedes ver; o los daños causados por el atentado de la Maratón de Boston», sugería el gobernador haciendo alusión a algunas de las tragedias que había tenido que afrontar su Estado en la historia reciente (KLEIN, 2020. Traducción del autor). Pero Baker subrayaba la naturaleza distinta del desafío del coronavirus: «Con lo que tenemos que luchar aquí es un enemigo invisible e insidioso [...] y creo que eso es importante y hace referencia al tipo tan diferente de psicología que se asocia con el luchar contra un virus, frente a la psicología de combatir un enemigo o un acontecimiento o un desastre natural que está ahí enfrente de tus ojos, y que normalmente tiene un principio y un final». Políticos y administradores también han negado la validez de la metáfora. «La pandemia no es una guerra», declaraba en Twitter el 11 de abril de 2020 el presidente de Alemania Frank-Walter Steinmeier. O el jefe de Estado del ejército de EE. UU., James McConville, en el mismo acto del 25 de abril de 2020 junto al gobernador Baker. Según su «experiencia personal luchando en guerras, en una comparación a una zona de guerra tradicional», McConville negaba el carácter bélico del desafío: «El carácter invisible del enemigo hace su lucha muy diferente de la guerra» (KLEIN, 2020. Traducción del autor).

Estos críticos se inscriben en la línea de una pensadora como Susan Sontag, quien en su estudio del sida pone el foco en la deshumanización de la figura del enfermo en la comparación bélica. Entre las metáforas más «desagradables y distorsionantes» que se aplican a las enfermedades, la metáfora militar era la que Susan Sontag más deseaba «ver archivada, y más que nunca desde la aparición del sida». Para Sontag, el efecto de la imaginería militar en la manera de pensar las enfermedades y la salud lejos está de ser inocuo: la metáfora «moviliza y describe mucho más de la cuenta, y contribuye activamente a excomulgar y estigmatizar a los enfermos» (2003: 85)⁷. No solo eso: también puede estigmatizar a los profesionales de la salud encargados de cuidar y sanar a la ciudadanía. En un editorial de mayo de 2020 en *Time Magazine*, el veterano de guerra Elliott Ackerman, junto con el médico Allan S. Detsky, aventuraban que comparar la lucha contra el coronavirus con una guerra es «éticamente peligroso», porque minimiza el carácter voluntario y el altruismo del sacrificio del personal sanitario: «No disminuyamos el valor de lo que han hecho por nosotros asumiendo que simplemente tenían que

7. Ver también páginas 47-48, en las que Sontag relaciona la metáfora bélica con la xenofobia epidemiológica e incide en la estigmatización de los enfermos.

hacerlo». Estos profesionales se lanzan de cabeza a un enfrentamiento que tiene «toda la intensidad de una guerra» y hacen gala de un heroísmo similar, afirman. Pero al compararlos a soldados «normalizamos sus muertes como las consecuencias inevitables de cualquier guerra» (traducción del autor).

Pero el uso del símbolo bélico ha sido ambiguo, pertinaz y ubicuo. Incluso cuando un observador reconoce las diferencias y se resiste a utilizar expresamente la metáfora de la guerra, la analogía bélica sigue apareciendo camuflada en una retórica que alude al combate, al enemigo y a la necesidad de unidad nacional. Así, por ejemplo, el propio McConville sostiene:

El coronavirus es un poco más desafiante, porque te enfrentas a un enemigo invisible. No puedes verlo, es por eso por lo que las medidas son tan importantes [...] Tenemos una amenaza ahora mismo, y estamos aquí para proteger a la nación [...] Tenemos este virus, y todos vamos a trabajar juntos, con la totalidad del esfuerzo del gobierno, para derrotarlo. Y derrotaremos a este virus.

En el mismo acto, el gobernador de Massachusetts Charlie Baker utilizaba un lenguaje similar: «Pero esta es una batalla de una naturaleza totalmente diferente porque por su mayor parte se lucha contra un enemigo invisible e insidioso sobre el que en diversos aspectos aún estamos aprendiendo» (KLEIN, 2020. Traducción del autor). Tanto el gobernador Baker como McConville confirmaban, por un lado, la naturaleza diferente del desafío: esta es una crisis que implica un agente invisible, insidioso y contra el que no cabe diálogo o negociación. Pero, por otro, ambos seguían multiplicando la analogía mediante el uso de la semántica bélica, empleando términos tintados con la connotación indudable de la guerra: «enfrentarse», «amenaza», «proteger», «derrotar», «batalla», «lucha» o «enemigo».

Así pues, pese a las limitaciones conceptuales y los aspectos ambiguos, la imagen y el vocabulario bélico han sido un procedimiento eficaz y frecuente que muchos usaron para narrar la pandemia. El uso de la metáfora bélica refuerza dos aspectos fundamentales. Por un lado, el poder del pensamiento metafórico en la descripción de procesos históricos y sociales. Autores como Paul Ricoeur o Elena Semino nos recuerdan que la metáfora es omnipresente. Reducir la metáfora a un recurso expresivo exclusivo del lenguaje poético es un sinsentido; bien al contrario, aparece en todo tipo de discurso. Semino, a partir de una reelaboración de la teoría de la metáfora como fenómeno cognitivo de George Lakoff, nos recuerda que la metáfora es variada en sus manifestaciones textuales, versátil en las funciones que desempeña y central para muchos tipos de comunicación (2008: 1-35). Es algo que no debe sorprendernos: la metáfora era abundante en el incipiente pensamiento occidental de la medicina griega y aparece también en la narrativa histórica de Heródoto, según el estudio sobre la composición y el estilo de las *Historias* del clasicista Donald Lateiner. Para Lateiner (1991: 126-7), no se puede desdeñar la importancia de la metáfora a través de la historia en la descripción y percepción de los acontecimientos históricos; «solamente hace muy poco los

historiadores han comenzado a escapar de la omnipresencia de la metáfora de la *caída* del Imperio Romano», escribía Lateiner. En sus ensayos sobre la enfermedad y sus metáforas, Susan Sontag reflexiona constantemente sobre la íntima conexión entre enfermedad y metáfora y sobre el alcance del pensamiento metafórico, que facilita la articulación emocional y verbal de la experiencia de la enfermedad: la metáfora «es el caldo de cultivo del entendimiento, inclusive el entendimiento científico y la expresividad» (2003: 45). De hecho, el uso del pensamiento metafórico para narrar la crisis del coronavirus no se limita a la metáfora de la guerra: los desastres naturales, el incendio forestal, la imagen del camino, el léxico marítimo o la lotería son otras de las metáforas que han abundado en la crónica de la pandemia, como Semino y Filardo Lamas han apuntado.

Por otro lado, la universalidad de la metáfora bélica conecta con una característica específica de la narrativa de la enfermedad: las similitudes universales en las crónicas epidémicas y en la literatura de pandemia. Según el historiador Philip Ziegler, una de las características más sobresalientes de las crónicas medievales de la peste negra a través de la Europa del siglo XIV es la uniformidad de la experiencia: «La manera en que sus fenómenos principales se repiten constantemente: las mismas frases son usadas para describir la apariencia de la enfermedad, las mismas exageradas estimaciones de la mortalidad, las mismas pasiones, las mismas consecuencias económicas y sociales» (2009: 110. Traducción del autor). Ya se ha aludido (de pasada) a la repetición de la metáfora bélica en la crisis del coronavirus en un número diferente de lenguas. Durante el siglo XX, historiadores y estudiosos han utilizado invariablemente el lenguaje militar para describir la evolución de enfermedades y epidemias en la sociedad: Zinsser en 1935, en referencia a la acción del tifus en Europa desde 1850 hasta 1930 (1967: 222-228); el ya citado Ziegler en 1969, para referirse a la peste negra en la Europa del siglo XIV (2009: 129-130; 137); Sontag en 1978, para reflexionar sobre el cáncer (2003: 31-32); Laurie Garrett en 1994, para describir la expansión mundial del sida (1994: 29; *passim*). El uso de la metáfora bélica, pues, remite a la constancia en la utilización de recursos universales en las crónicas de las pandemias. Los tropos conceptuales y léxicos son muy semejantes, más allá de lenguas y periodos históricos. Incluso se han apreciado semejanzas con las crónicas de epidemias en la antigua Grecia. Así pues, el uso de la metáfora bélica en la crónica del coronavirus nos remite en cierto sentido a los orígenes de nuestra civilización occidental. Primero, a la imaginaria poética y mítica de la *Ilíada* o la Biblia: guerra y epidemia conceptualmente van de la mano desde los inicios de nuestra documentación mítico-literaria. Segundo, al pensamiento y los recursos lingüísticos de los inicios de la prosa científica occidental, en particular a la historiografía testimonial de Tucídides, y después también de otros prosistas como Albert Camus, que a lo largo de la historia han narrado lúcidamente la pandemia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ACKERMAN, Elliot y Allan S. DETSKY (2020): «Why comparing the fight against COVID-19 to War is ethically dangerous», *Time Magazine*, 7 de mayo.
- ÁLVAREZ, Rafael J. y Carlos GARCÍA POZO (2020): «Personaje del año. Los que miraron de frente al Covid en la trinchera de la pandemia», *El Mundo*, 30 de diciembre.
- BBC NEWS (2020): «Trump says coronavirus worse 'attack' than Pearl Harbor», BBC News USA and Canada, 7/05/2020.
- BREWSTER, Jack (2020): «A Timeline of the COVID-19 Wuhan Lab Origin Theory», *Forbes*, 24/05/2020.
- BROOKS, Brad y Brendan O'BRIEN (2020): «Texas county stores bodies in trucks as state sets one-day record for COVID-19 deaths», *Reuters.com*, 22/07/2020.
- CAMUS, Albert (1947): *La peste* [reimpr. 2014], París, Gallimard.
- EUROPA PRESS ESPAÑA (2020): «Sánchez recuerda a la UE que 'Europa está en guerra contra el coronavirus' y que no puede escatimar recursos», *Europa Press.com*, 22/03/2020.
- FILARDO-LAMAS, Laura (2020): «No es lo mismo estar en guerra que remar juntos: la importancia de las metáforas sobre COVID-19», *The Conversation.com*, 15/09/2020.
- GARRETT, Laurie (1994): *The Coming Plague. Newly Emerging Diseases in a World Out of Balance*, Nueva York, Penguin Books.
- GONZÁLEZ, David (2020): «'Era como estar en un hospital de guerra', médica de hospital de pacientes con Covid-19 en Madrid», *France24.com*, 10/04/2020.
- HANSON, Victor Davis (2005): *A War Like No Other. How the Athenians and Spartans Fought the Peloponnesian War*, Nueva York, Random House.
- IMARISIO, Marco (2020a): «L'Intervista. Coronavirus, il medico di Bergamo: 'Negli ospedali siamo come in guerra. A tutti dico: state a casa'», *Corriere della Sera*, 9/03/2020.
- IMARISIO, Marco (2020b): «L'Intervista. Coronavirus, Fabiano Di Marco: 'Atalanta-Valencia è stata una bomba biológica'», *Corriere della Sera*, 20/03/2020.
- JUNQUERA, Natalia (2021): «COVID-19: Un año después. 'La pandemia ha sido una guerra y la posguerra también será terrible'», *El País*, 13/03/2021.
- KLEIN, Asher (2020): «Army's Top General, Gov. Baker Compare Coronavirus Fight to War», NBC 10 Boston, 25/04/2020.
- LATEINER, Donald (1991): *The Historical Method of Herodotus*, Toronto, University of Toronto Press.
- MELKONIAN, Mimi (2020): «Lockdown Has Nothing to Do With War», comunicación personal, WhatsApp, 20 de marzo.
- QUAMMEN, DAVID (2012): *Spillover. Animal Infections and the Next Human Pandemic*, Nueva York, W. W. Norton.
- RICOEUR, Paul (2001): *La metáfora viva* [1980], Trad. Agustín Neira, Madrid, Ediciones Cristiandad / Editorial Trotta.
- RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco (2013): *Tucídides. Historia de la guerra del Peloponeso*, Barcelona, Crítica.

- SÁENZ DE UGARTE, Iñigo (2020): «Guerra, enemigo, movilización: el Estado adopta el lenguaje bélico en la batalla contra el coronavirus», *El Diario.es*, 17/03/2020.
- SÁNCHEZ, Pedro (2020): «Europe's future is at stake in this war against coronavirus», *The Guardian*, 5/04/2020.
- SEMINO, Elena (2008): *Metaphor in Discourse*, Cambridge, Cambridge University Press.
- SIDNER, Sara (2020): «Care home nurse tells of terrifying and sudden ways coronavirus struck her patients», *CNN.com*, 23/03/2020.
- SONTAG, Susan (2003): *La enfermedad y sus metáforas. El sida y sus metáforas* [1990], Trad. Mario Muchnik, Buenos Aires, Taurus.
- TOUS-ROVIROSA, Anna y Daria DERGACHEVA (2021): «#EsteVirusloParamosUnidos: Comunicación política de guerra en Twitter. Creación de comunidades homogéneas en la crisis de Covid-19 / #EsteVirusloParamosUnidos: War-like political communication on Twitter. Creating homogeneous communities in the Covid-19 crisis», *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, vol. 4, n.º 27, octubre-diciembre, pp. 1227 y ss.
- ZIEGLER, Philip (2009): *The Black Death* [1969], Nueva York, Harper Perennial.
- ZINSSER, Hans (1967): *Rats, Lice and History* [1937], Nueva York, Bantam.

.....
JAIMEA. GONZÁLEZ OCAÑA es filólogo y docente. Doctor en Clásicas por la Universidad Rennes 2 (Francia). Investigador en el campo de los textos militares griegos y en literatura comparada. Es jefe del Departamento de Clásicas y Lenguas de Brunswick School, en las afueras de Nueva York (EE. UU).